

Presentación de los poemas de José Rivera

1.- Dios, primer Poeta.

Como apunta el autor en uno de los dos prólogos que escribe a sus poemas, A poesía \equiv Ben griego- significa obra, creación. El poeta es el creador por excelencia: para José Rivera, la poesía es la creación humana en su aspecto más alto \equiv . Y podemos decir que el poeta humano lo es a semejanza del divino. Ciertamente, ambos crean de manera parecida. En primer lugar, *con la palabra*, de modo que puede decirse que la poesía es palabra creadora. No es sólo palabra bonita a los oídos, que tal no sería poesía de verdad, sino palabra pletórica de fuerza, que impulsa a la vida, que la pone en el oyente. La palabra de Dios crea a los que han de oír la diciéndoles, nombrándoles, trayéndoles a la existencia **BAy dijo Dios: *hagamos al hombre a nuestra imagen, a semejanza nuestra \pm \equiv -. La poesía humana, obviamente, no llega a tanto; mas acrece la vida, hace más hombre al que la oye, levanta a las personas y las demás criaturas a un modo de ser más bello y verdadero.**

Para que la palabra, tanto la divina como la humana que la imita, pueda ser creadora y fuente de vida, tiene que ser, necesariamente, *palabra propia*, que brota de las entrañas, que manifiesta plenamente el ser del que la dice. Dios no crea pronunciando fórmulas mágicas, aprendidas de otro e indiferentes a su intimidad, sino que lo hace diciendo a su Hijo, que es su Verbo, en el soplo de su Espíritu, sobre la Nada y el Mundo. Diciendo a su Hijo, que es Areflejo de su gloria, impronta de su ser \equiv ; diciendo a su Hijo, que es su Imagen y su Vida. Pues el poeta humano ha de decir también, para serlo realmente, palabras que le digan a él mismo, que le comprometan en sus versos con la vida que quiere suscitar. Como hace Dios.

2.- La búsqueda de las palabras.

El poeta tiene que *consagrarse a buscar* las palabras con las que decirse, pues, a diferencia de la Palabra del Padre que es su Hijo, a él no le resultan evidentes y no las encuentra en sí mismo sólo con mirarse. No le bastan las palabras bonitas que produzcan rimas, que el poeta no pretende agradar los oídos sino aumentar la vida, perfeccionar el ser. Las palabras que él busca no se hallan en la superficie sonora, sino en las vísceras, por llamarlas así, de su existencia. Sin embargo, después de buscarlas con compromiso y de hallarlas jubiloso, el poeta tiene siempre respecto a ellas la convicción de que *le son dadas*: él no las inventa, sino que las recibe. Las busca y encuentra, pero no las crea él mismo. La **inspiración+* que le permite hallarlas no es primordialmente una cuestión de facilidad imaginativa. Las palabras que busca el poeta le cuestan la vida. Y por eso la valen.

Por esa razón son vocablos empapados de nostalgia, la que late, puesta por el Creador, en las honduras de la vida de los hombres y la constituye, pues resuena en ellos el eco del Verbo en el que todos los hombres hemos sido pronunciados. Son palabras que conjuran, que evocan, que recrean, que dan la verdad al ser, a los seres. Rilke, a propósito de ellas, escribe que su misión es *Adecir...* de manera como las cosas mismas nunca creyeron ser \cong . Los dichos del poeta hacen remontar por encima de las apariencias, del aprecio utilitario, e instalan en la realidad, en la gratuidad. Y despiertan, en palabras de José Rivera, *Amás* y más la pasión que estimo tan precisa a la hora de enfrentar las supremas realidades de la vida \cong .

3.- Los ojos del poeta.

Esa *Apasión* \cong no es simplemente un estremecimiento sensible. Es más bien *recepción*, apertura sin prejuicios, acogida de los hombres y las cosas tal como los está creando Dios. Es la actitud de reverencia, de adoración, y por ella el poeta es un sacerdote. Los otros proyectan sobre los seres sus deseos, sus miedos, sus parcialidades, y en consecuencia perciben distorsiones, falsedades. El poeta está abierto, plenamente, con ojos limpios, y ve, el único, las cosas como son.

El poeta **padece+* la vida, la suya y la de todos. No tiene en sí barreras ni distorsiones que interfieran entre él y la realidad. Más bien percibe de un golpe la profundidad de todo: profundidad, comunión,

universalidad... El poeta es artista que ve la armonía, y la canta.

En los ratos largos de sus noches, Rivera, solo con Jesucristo, percibe todo eso, y lo siente, y le sale cantarlo: ALa realidad de que la amistad debe ayudar a *personificarse+, la idea de que ser persona incluye el integrarse con toda la creación divina, se expresan en relación con el paisaje que tengo delante. La idea del desconocimiento de sí común a todos, unido a mis sensaciones habituales de penetración de la realidad en la soledad silenciosa que la noche aporta... me sale escribir≅.

4.- Los ojos de José Rivera.

Incluso físicamente, sus ojos reflejaban claridad, y su mirada daba Bregalaba- paz y confianza. Su mirada y sus actitudes hacia todas las personas manifestaban siempre respeto y valoración. Estabas ante alguien que *te daba valor*, en el doble sentido de valía y de valentía. Para él Acada persona es enigmática≅, como escribe en uno de los prólogos, y él sabe que sólo Dios puede descifrarla. Le repugnaban las actitudes que él llamaba Ade dominio≅ hacia las personas, y las contraponía a las únicas válidas que llamaba Ade apertura≅.

Abierto a todos, capaz de ver en todo la huella divina, capaz de percibir en todo algo de la revelación de Dios... Sus abundantes y variadas lecturas, donde entraba prácticamente *de todo+, desde místicos y teólogos de todas las épocas y latitudes hasta novelistas y poetas de todas las culturas, podrían parecer a más de uno dispersión o distracción Ben el peor sentido, el de buscarse una actividad que le hiciera olvidarse de su ministerio-. Él lo vivía en unidad. Así lo dice a propósito de los poetas: AEI hecho de que en mis estanterías se acumulen libros de poetas líricos de todos los países y tiempos, accesibles a mi capacidad, no es signo de una afición adicional a mi labor teológica, sino de una comprensión más exacta del sentido de la faena encomendada≅.

5.- Sus poesías.

Son expresiones de esta visión sobrenatural y unificada. Se siente en disposición de hablar en sus poemas de cualquier cosa hecha por Dios. ALa expresión poemática se constituye siempre así: yo capto el sentido de la criatura Bsea yo mismo, una realidad natural u otra persona- y el

sentido es siempre una revelación del Padre por Cristo. Pero entonces la única expresión posible es la hiperbólica≡. Se siente poeta, y ha compuesto poemas desde muy pronto, antes de cumplir los diez años. Nunca dejó de hacerlo a lo largo de toda su vida, y los ordenó casi todos en una AAutobiografía poética≡.

Es que sus poesías son ante todo fruto de la contemplación desde el Amor de Jesucristo de su propia vida, de su propia historia. Ella es una obra divina que le asombra y le cautiva. No por vanidad tonta, pues sabe que Atodo es gracia≡, sí con admiración ante el poder y el amor divinos que vencen continuamente sus resistencias y terquedades. Y le brotan los versos, pues no tiene dotes de pintor pero sí alma de poeta: AMi vida se me ofrece como una obra de belleza maravillosa... Si fuera pintor, (qué cuadro!; si tuviera tiempo, (qué poema!≡.

La mayoría de sus poesías son esas confesiones, esos cantos de alabanza al Salvador mirando desde Él su propia historia, que considera una auténtica obra de arte en la que se luce el Redentor. En ellos canta a la Misericordia de Cristo, cuya experiencia y contemplación son fuente incesante de gozo y esperanza. En otras poesías habla consigo mismo, vertiendo a los versos sus recuerdos, sus deseos, sus desahogos, su estado de alma...

Le ayudan y le sirven, volviendo a un tema al que aludíamos más arriba, en la búsqueda de palabras con las que decir a Dios y a su obra en el interior de los hombres. Para él la poesía es un quehacer teológico, no una diversión culta. Escribe de ello lo siguiente: ASi escribo de cuando en cuando algunos poemas es porque la poesía se halla íntimamente entramada con la Teología≡. Y también, a propósito de lo que él mismo llama el Aútil ejercicio de bucear en el idioma y buscar significaciones de vocablos y vocablos significativos≡, escribe que la composición poética es Apreparación de una herramienta, el trabajo de afilar el lápiz o limpiar la máquina, antes de ponerme a escribir las lucubraciones teológicas de cada noche. Así he dispuesto mi lenguaje un poco mejor≡.

Escribe sus poesías en principio para él y para su Dios Trinitario. Casi nadie sabía de ellas, ni podía sospechar su existencia ni por alusiones suyas ni por indicios en sus modos de hablar y expresarse en público. Sólo unos pocos muy íntimos las conocían, guardándole el secreto. Cuando alude en sus prólogos a los posibles lectores de sus poemas, habla de Alos muy pocos otros que los lean≡, y de los lectores Aque casi soy yo mismo

solamente. La sorpresa nos la llevamos después de su muerte.

Fundamentalmente por las noches, ésas de oración, estudio y arte, también durante sus viajes en autobús o tren, en los que le viene un esbozo que luego perfeccionará con más calma. Durante muchos años, desde antes de los diez hasta el final.

6.- La presente edición.

Hemos creído más conveniente publicar una selección de los poemas de José Rivera, en lugar de ofrecer de una vez el conjunto que sobrepasa el centenar. Puede ser un comienzo, como un aperitivo, que abra paso a una futura publicación de la totalidad. Hay que reconocer que tomando ésta se aprecian poesías muy desiguales, de muy diversas épocas de su vida y de temas no siempre inmediatamente religiosos o sobrenaturales. B queda dicho más arriba cómo entendía él cristianamente tales poemas-.

Tampoco pretendemos hacer una edición crítica, pues no cesó Rivera de hacer retoques a muchas de sus poesías, y hasta versiones nuevas de algunas antiguas, que van siendo copiadas o aludidas en el Diario o recogidas en nuevos cuadernos donde copia su AAutobiografía poética.

Queremos solamente ofrecer esta rica teología y espiritualidad que se contiene en los mejores de sus versos, por si ayudan, así lo esperamos, a afinar nuestra mirada hacia el que es la Belleza, Ael más bello de los hombres. Son poesías que servirán para la oración, para revolverlas en el corazón con Jesucristo disfrutando su sabor, como un niño revuelve en la boca un caramelo y le va gustando despacito, mimándolo en el paladar; servirán también para meditar, para entresacar de ellas las grandes intuiciones que sólo la poesía contiene, y entenderlas desde dentro, que ya decía Rivera que la teología *no se comprende* Bno se abarca, no se domina desde fuera- *sino que se entiende* Bse mira desde el interior, habiendo entrado en ella-.

Deseamos fervientemente que las poesías que ofrecemos hagan a muchos mucho bien. Y que contribuyan a seguir completando la imagen de José Rivera, que nos dice en sus versos lo mejor de sí mismo.

Félix del Valle Carrasquilla.

PROLOGO DE URGENCIA

En este mismo cuarto donde hace tantos años escribí unas memorables *declaraciones+, que habían de servir, en suma, de prólogo urgente a unos cuantos de los poemas transcritos. No quiero más ahora, a desaforada distancia de aquellos días, que substanciar concisamente mi pensamiento y mi designio al trasladar estos versos tan viejos y, en verdad, tan malos.

Una idea de doble filo, con su doble motivo, me ha impulsado a un quehacer tan alejado aparentemente de mis tareas cotidianas. Si reúno mis antiguas composiciones, no es por cierto por su calidad estética. Ya conozco sobradamente la superlativa vileza poética de muchas de ellas! Es no más por el surtido de recuerdos que me proporciona. Y un recuerdo viviente, vivificante, para mis días actuales, que ofrecen no parva semejanza con aquellos. Me refiero a la inquietud intelectual, al hambre y la sed de conocimiento que no han podido apaciguar los treinta años más o menos transcurridos, más bien torrencialmente, sobre mí desde las primeras poesías.

Por otra parte, dado que la mayor parte habían desaparecido, el proyecto de reescribirlos me ha obligado al útil ejercicio de bucear en el idioma y buscar significaciones de vocablos y vocablos significativos.

Es, pues, la preparación de una herramienta, el trabajo de afilar el lápiz o limpiar la máquina, antes de ponerme a escribir las lucubraciones teológicas de cada noche. Así he dispuesto mi lenguaje un poco mejor.

Porque además el repaso raudo y un tanto descuidado de tanto caudal pretérito, me lanza un poco más entero a los trajines hodiernos. Despierta más y más la pasión que estimo tan precisa a la hora de enfrentar las supremas realidades de la vida. Enfrontamiento inexcusable en los estudios teológicos.

Tratemos pues, no más, de situar cada poema en su marco de tiempo y espíritu. Sólo así podrán revelar a otros -a los muy pocos otros que lo lean- la historia de una vida humana. Que es a la postre la historia del combate de Dios con un hombre. O a lo menos, la historia de un aspecto del inmenso, inacabable combate que Dios trava con un hombre.

El primer romance es de factura reciente. Debe datar, más o menos del verano pasado. Y no tenía otro fin que servir de prólogo poético a todo lo que viniera detrás. O más bien, es reconstrucción, emprendida con el objeto señalado, de una composición escrita en los años de Salamanca.

El poemilla *ciñéronse sus brazos...+ lo compuse -es todavía impresión viva- en el jardín, jugando a la pelota, creo que en la época anterior a la guerra. Es desde luego lo primero, y debía de tener la década incompleta.

Los siguientes -hasta *tristes canciones...+- son los restos de una serie de versos escritos hasta los doce años... Son precisamente los que envié a Pemán y de los que él -lo más probable, su secretario- dijo que tenían *buen sabor de poesía popular+. Lo que tenían en verdad, era un absoluto influjo del mismo Pemán, que con Villaespesa, Espronceda y algún otro eran casi los únicos conocidos por mí en aquella época.

Todos los siguientes corresponden a los años que [...]. Tenía yo por tanto de trece a dieciséis. Han naufragado no pocos. La mayoría están dedicados [...]; pero alguno se deben a impresiones más o menos fugaces [...], cuyos nombres recuerdo, pero más vale no imprimir.

Otro grupo -deben de ser unos 18- fueron compuestos en Salamanca, mientras estaba en el Seminario, o poco antes. Alguno en Cuenca. Son casi todos religiosos [...]. Y el escrito para mi madrina en su marcha al convento.

Finalmente, y esos no precisan explicación alguna, los últimos poemas. [...] Los demás...

POEMAS DE ADOLESCENCIA

1937 - 1942

I

Recuerdo mi corazón,
Potro salvaje, sin freno,
Al galope por las sendas
Sin fin de mi sentimiento.
Corazón adolescente,
Siempre como mar revuelto,
Con tempestades de penas
Y huracanes de deseos!
Hoy mi corazón -)él mismo?-
Es como un lago sereno,
Ya no le encrespan las penas,
Ya no soplan los anhelos;
No sé qué tiene que no
Hay olas en este espejo
Que refleja el luminoso
Azul dorado del cielo.
Mas recuerdo las palabras
Del que en la barca de Pedro,
Al mar ordena: *reposa+,
Y *enmudece+ manda al viento.

II

Tristes canciones de ayer;
Poemas de adolescencia
Alumbrados por la ciencia
Temprana del padecer.

Viejas canciones de amor,
Flores mustias y sombrías,
Que brotaron otros días
De una pasión al calor.

Canciones de mi penar,
Sollozos de pobre niño
Pordiosero de un cariño
Que no le quisieron dar.

III

Yo también, como el poeta,
Voy haciendo mi camino,
Con un sin querer divino,
Con una angustia secreta.

Me avergüenza la ilusión
Y me repugna el empeño;
Mi vida es un largo sueño
De vuelta de una pasión.

Sólo la vida atestigüa
La angustia que oculta crece,
Y que tal vez aparece,
Y más tarde se apacigua.

Con el ansia de luz pura
Soñada y nunca sentida;
Sed de muerte presentida;
Y pesadumbre y hartura
De la vida.

IV

Rota está la muralla de soberbia segura
Erigida en los días de la infancia, lejanos,
Y ya sólo me queda llorar mi desventura
Y mirar el terrible vacío de mis manos.

Yo que cantaba nauta novicio, adolescente:
*De luchas victoriosas he de llenar mis días+,
Viejo marino experto, con el rumbo a poniente,
Me encuentro ante mí mismo con las manos vacías.

Quise vencer al mundo y el mundo me ha vencido.
Domar quise la vida, y ella me subyugó;
Hoy enferma la mente y el corazón herido
La angustia saboreo que la rota dejó.

Amaba las mujeres; la Belleza adoraba,
Creaba la Poesía, con mente muelle o ruda,
Y la forma venía a mí como una esclava
Que se diera a mis brazos temblorosa y desnuda.

Así mi adolescencia: con los ojos muy abiertos
Y la boca en un gesto dolorido y cansado;
Intelecto al acecho de pensamientos ciertos,
Corazón a la caza del amor embriagado.

Y hoy tan sólo el cansancio. Y el doloroso acucio:
Tornar pulcro a la vieja morada señorial!
Pero es el corazón el que está roto y sucio
Y el corazón no puede tirarse en el umbral!

Suciedad indeleble! Pretéritas locuras!
Para siempre marcado! Quién me diera volver
A la infancia lejana! Mis manos eran puras
Y mi labio era virgen de beso de mujer...

V

Yo fui dios griego que moró en el santo
Monte que sede fue de lo infinito.
Me laudaron los sabios en su canto,
Me invocaron los pobres en su grito.

Fuí gladiador de un circo de la augusta
Roma, imperial y abyecta, artista, fuerte.
Triunfé mil veces en sangrienta justa,
La plebe un día condenóme a muerte.

Caudillo fuí de un pueblo de germanos
Y al germano lancé contra el latino.
De bárbaros fuí dueño y de romanos.
Caí bajo el puñal del asesino.

Fuí artista florentino. Conspiraba
Contra Luis o Felipe. Fuí secreto
Bandido por la dama que adoraba,
Y le entregué mi vida en un soneto.

Fui soldado español. Vencí en Pavía,
Luché en Venecia, y en Milán y en Flandes.
El mar crucé ambicioso y hallé un día
Sepultura en la cumbre de los Andes.

Fui pirata britano. El mar bravío
Atravesé, apresando galeones.
Hice del mar inmenso feudo mío,
Los reyes respetaban mis pendones.

Fui un abate filósofo y ambiguo
Del dieciocho francés. Rubias marquesas
Por mi lenguaje levemente ambiguo
Armonioso y galante fueron presas.

Soy no más un artista decadente
Que en el estrecho molde de mi verso,
Quisiera reflejar, muy siglo veinte,
La angustia y el dolor del universo.

Mas mi espíritu guarda de las formas
Pretéritas la fe de que se alcanza
A lo infinito por eternas normas
Que rige la virtud de la esperanza.

Quise ascender ligero hasta la cumbre;
Rodé cargado al fondo del abismo.
Altivo desdeñé la muchedumbre;
Su grito levantó desde mí mismo!

VI

Oh joven doloroso que a la tierra te inclinas
Cual buscando el postrero lugar de tu reposo,
Para tí mi saludo, oh joven doloroso,
Que sientes en el alma las urgencias divinas!

Si es áspera la tierra que doliente caminas
Y el árbol de la ciencia te brinda deleitoso
Sus victorias humanas, prosigue valeroso,
Para empresas más altas tu corazón afinas!

Contemplo tu cabeza, de dolor abatida,
Mil pesares sobre ella volcó precoz la vida;
Desgarrado el electo sube de Amor en pos;

En tu ambición primera, no te detenga nada,
Alza al cielo tu pobre cabeza atormentada
Y trepa tus atajos con la mirada de Dios!

VII

La gloria ambicioné de lo divino;
Gusté las sabias frutas misteriosas,
Olí el aroma de las malas rosas
Y del ave infernal escuché el trino.

Llamóme un día Dios; troqué el camino,
-Tú, alma, lo sabes, que en la paz reposas-
Y del Padre las manos amorosas
Allanaron potentes mi camino.

Y el angel de maldad fue mi enemigo,
Combate singular trabó conmigo,
Las fieras me azuzó del universo;

Mas supe defender mi aristocracia
Con el escudo de oro de la gracia
Y la espada argentada de mi verso.

VIII

Busqué placer y sólo hallé amargura;
La gloria perseguí, sufrí el olvido.
Caminos dolorosos he corrido
Por alcanzar la humana cima pura.

Y juzgando engañosa la hermosura,
Teniendo por engaño lo sabido,
La baja condición he conocido
De cuanto a sí me atrae y me apresura.

A la muerte llamaba, mas un día,
Mi corazón hirió con sus amores
El roto cuerpo que en la cruz pendía.

En Tí no habrá tiniebla, no habrá engaño.
Que te entregas a todos los dolores
Para librarme a mí de todo daño.

IX

Vuelvo hasta ti, jardín, que un claro día
Partir me viste hacia región distante,
Estrechando en mis brazos tierno infante
Hecho de luz, de gracia y de poesía.

Ahora regreso en esta noche fría,
(Serena el alma está), por un instante,
Por traerte este cuerpo, ya expirante,
Y sembrar mi dolor en tu alegría.

Cual nuevo Abraham, hice al Señor mi ofrenda;
Deja Yavé que armado el brazo tienda,
Y es la mano segura, el golpe cierto.

Y no es mucho que a ti, jardín querido,
Que en tu seno mil veces lo has dormido,
Traiga hoy a reposar mi infante muerto.

POEMAS DE ASCENSIÓN

1945 - 1952

X

Cuántas veces, Señor, en tu presencia,
Hincados en la tierra los hinojos,
He creído que al fin iban mis ojos
Las culpas a llorar de mi existencia.

O a pregonar mis labios tu clemencia
Que sufre mi extravío sin enojos,
Y por sendas densísimas de abrojos
A llamarme te trae a penitencia.

Mas en silencio el alma se recoge,
El pasmo de tu amor la sobrecoge
La historia al recordar de tus ternuras;

Ni canto gracias, ni lamento agravios,
Que apenas pueden murmurar mis labios:
*)Qué tengo yo, que mi amistad procuras?+.

XI

Alma triste, alma de llanto,
Así te ha querido Dios...
Almas tiene que le canten
En la gloria del Tabor;
Almas quiere en el Calvario
En llanto de compasión.
Lágrimas tuyas, ¿qué importan
Si acompañan su dolor?
Si consuelan tus gemidos
Los quebrantos de su voz...
Llora, gime, clama, sangra,
Consuela su corazón.
Alma triste, alma de llanto,
Alma de crucifixión...

XII

Era ante mí su adolescencia herida,
Ronca la voz, ensombrecido el gesto,
Torrente, mi palabra, quebrantado
Contra la dura roca de su pecho.

)Qué más podía hacer? Llanto en los ojos
Gritaba en el silencio:
*Si Tú quieres, Señor, todo lo puedes,
Yo, Señor, nada puedo+.
Clamaba a Dios. Su corazón cerrado
Decía la tragedia del misterio.

)Qué más podía hacer? Sobre las losas
Chirrió el sillón, sonaron pasos lentos...

Le vi partir. Mi corazón lloraba,
Al pie del Crucifijo, sin consuelo.

XIII

Dios tiene su ilusión! Siglo tras siglo
Modelaba paciente su regalo,
Adorno para el alma
Del hijo bienamado.
Y silenciosamente un día
Lo puso en mi regazo.
Y se quedó mirándome, mirándome
Por gozarse en mi gozo desbordado.

Ciegos de fe, mis ojos
No conocieron la paterna mano,
Escupieron mis labios maldiciones,
Estrellaron las manos su regalo.

Y se heló la sonrisa
De los divinos labios.

Historia de mi vida. Los continuos
Divinos desengaños!

Sangre de Cristo en el sombrío huerto,
Del Dios eterno misterioso llanto!

XIV

Señor, que los amas tanto
Que has muerto en la cruz por ellos.
Sálvalos, Señor, Tú solo,
Yo soy malo y los condeno!

No me pidas que te ayude,
Que están mis brazos enfermos,
Y está ronca mi garganta,
Y mis ojos están ciegos.
Que asfixian el alma mía
Los ardores del infierno
De los hombres que quisiste
-Y no quise- alzar al cielo!

Sálvalos entre tus brazos
Fuertes de amoroso celo;
No cargues sobre mis hombros
De su dicha eterna el peso!
Sálvalos solo, que yo,
Soy débil y me doblego.

XV

El Rey de los siglos empuña su espada,
Salta en su caballo, galopa violento,
Cual viento que sopla por la encrucijada,
Cómo sopla el viento...

El Rey de los siglos de gloria se viste.
*A la tierra entera dictaré mi ley+.
)Quién de sus legiones el choque resiste?
El Rey de la gloria. Su nombre es: *El Rey+.

La regia trompeta los héroes convida
A sacra cruzada que el mundo liberte;
Los siervos mortales gozarán la vida,
El Señor eterno sufrirá la muerte...

*Salud a los pobres. Desprecio. Pobreza+.
Al roce del viento canta su pendón.
Bandera que anuncia nueva realeza,
Donde en campo blanco sangra un corazón.

Oí su llamada, juré su bandera,
Lloré sus derrotas, gocé su alegría,
Borracha de sangre, de gloria guerrera,
Soñé la victoria final, cuando un día...

*Escucha hija, y mira: si ayer amazona
El casco ceñiste, vestiste armadura,
Hoy viste de seda, tu frente corona,
Que el Rey de los siglos amó tu hermosura.

Olvida el palacio, la casa paterna,
 Pretéritos gozos, y oye mi verdad;
 Por su amor caduco, mi pasión eterna
 Te abrirá misterios en la soledad.

Déjale a otras manos el puñal sangriento,
 El pesado escudo y el gesto violento,

La espada, la lanza, que en férreos excesos
 La carne traspasa, quebranta los huesos.

De tus manos pido caricias, terneza,
 Corona de flores para mi cabeza,

Ojos vigilantes, corazón despierto
 Para la sangrienta soledad del huerto.

Cabalga a mi grupa y en mi potro mismo,
 Dime tus amores, tu mano en la mía,
 Que de mis pesares en el negro abismo
 Sean tus palabras llamas de alegría...

Cabalga a mi grupa...)Por qué te detienes?
 La dura jornada gloriosa se torna;
 Mañana en mi triunfo ceñirá tus sienes
 La corona misma que mis sienes orna.

Si el dolor te rinde, sobre mi caballo
 En mi firme pecho tranquila reposa.
 No en mis escuadrones llamarte vasallo,
 Quiero entre mis brazos saludarte esposa+.

Tal la voz divina resonó en mi oído;
 Yo sentí mi débil corazón herido.

)Dejaré cariños, que la mente halagan?
)Callaré mi grito de guerra sonoro?
)Sufriré que vientos divinos deshagan
 Placenteras nubes de mis sueños de oro?

Inefablemente su palabra me urge:
 *Ven, paloma mía; surge, amiga, surge+.

Oh voz poderosa, que encadena al diablo,
 Tal vez temblorosa de amorosa pena;
 Hórrida tormenta si derriba a Pablo,
 Brisa refrescante si alza a Magdalena!

Hundióse ya el férreo torrente guerrero,
 Apenas diviso la blanca bandera,
 Sofrenando el potro, firme en el sendero,
 El Rey de los siglos, me espera, me espera...

Luz es su mirada que alumbra mi duda,
 Fiesta su palabra que alegra mi pena;
 De sus armaduras mi alma se desnuda,
 Vístese de mirtos, rosas y azucenas.

Dejaré cariños que la mente halagan;
 Callaré mi grito de guerra sonoro;
 Sufriré que vientos divinos deshagan
 Placenteras nubes de mis sueños de oro...

El Rey de los siglos galopa, galopa,
 Cabalga a su grupa, gozoso, mi amor.
 Y en el férreo estruendo triunfal de la tropa
 Aun vibra mi grito: *Voy, Emperador+.

XVI

Eran muchos años de vanos esfuerzos;
 Se quemaba el alma de ardiente impaciencia,
 Queriendo ser rica, queriendo ser blanca,
 Queriendo ser libre, queriendo ser reina...
 Eran muchos años de lucha afanosa...
 Como en las cucañas de infantiles fiestas
 -Sudor en la frente, resuello anhelante-,
 Una, diez, cien veces, el muchacho trepa
 Y una, diez, cien veces, largos resbalones,
 En un solo instante golpea la tierra,
 Y, llanto en los ojos, contempla la altura.
 Vista desde abajo, (qué alta está la presa!

Así el alma mía, tras de las virtudes...
 Y el alma lloraba desde su miseria!

Imágenes trágicas de su desaliento.
 El árbol estéril de historia evangélica:
 Un año de plazo, si no fructifica
 El hacha lo tala, se abrasa en la hoguera.
 Como el hijo pródigo que huyó de la casa
 Y tornó arrastrando su pueril soberbia,
 Y cayó a las plantas del Padre amoroso
 Que tierno dispuso gozoso la fiesta...
 Y en tanto que el Padre la cena prepara
 Otra vez el hijo se huyó a su quimera!
 Penetró mil veces en el ancho patio,
 Mas no subió nunca la regia escalera.

Dolientes figuras de su triste vida.
El alma lloraba su enorme miseria.

Llegan a su oído voces de esperanza:
"Sube a la colina; las manos abiertas,
El amor vacía sus repletas arcas".
Y el alma trepaba, trepaba ligera...
Hoy, dicen, es día de grandes mercedes.
Postrada a sus plantas pediré clemencia;
Hoy tal vez al riego de su sangre ardiente
Dé frutos de vida la estéril higuera;
Tal vez hoy me adentre por la abierta llaga,
Tal vez del Pan vivo me siente a la Cena...
(...).

XVII

(Cómo buscaba loco tu mensaje,
Agil el ojo y el oído atento!
Quería oír tu voz en las estrellas,
En el mar, en el viento,
En el quedo susurro de la brisa,
Entre las flores del amado huerto,
En las voces amigas, que al oído
murmuraban amantes tus misterios...

Se me perdía todo,
Inasible a mi esfuerzo.

Quieto quedó y cansado
El pobre pensamiento.

En el silencio de la tarde,
Silenciosa tu voz me hablaba dentro.

XVIII

)Qué le importan al alma vanidades
Que quieren ofrecer a su contento
Si tiene ya clavado el pensamiento
En la sola verdad de las verdades?

Ni qué le importan infelicidades...
Del amigo el herido sentimiento,
Del enemigo el odio virulento,
Inquietudes, olvidos, soledades...

No importa que en redor el mundo ruja,
No importa que la frágil barca cruja,
Ni que duerma el Señor sueño profundo.

En pura fe apoyada el alma espera,
Un día, no sé cuando, cuando El quiera,
La voz me salvará que vence al mundo.

XIX

Vino Dios un día al alma
Y plantó en ella su tienda.
Trabaja allí noche y día,
Sin querer faltar en ella.
El alma, día tras día,
De sí misma sale fuera,
Feria de las vanidades,
A ferirse bagatelas.
Corre y salta como niña
En mil afanes y empresas,
-Mariposas infantiles
Que antes de cazadas vuelan-
(Allá en el fondo, amorosa
La Verdad divina espera),
Torna a la noche, rendida,
En brazos de Dios se acuesta
Y oye el cántico de amores
Con que el Padre la requiebra.
Y otra vez a la mañana
Al campo salta ligera.
Canta sus fútiles coplas
De amores de barro y piedra,
Amores que se deshacen,
Amores que no contestan...
(Allá en el fondo, temblando,
El Amor divino espera...).

Historia de tantas vidas,
Quien remediarte pudiera!
Una oración por las almas

Que sordas viven y ciegas.
Una oración y una lágrima,
Como esas lágrimas densas
Que a veces sientes, caídas
De la divina tristeza.

XX

Pasas, Señor, por el mundo,
Sucio, cubierto de harapos,
Amorato de frío,
Sangrientos los pies descalzos.
Golpeas cerradas puertas,
Tiendes humilde la mano,
Temblorosa voz sumisa
Y llorosos ojos bajos.
Los tuyos no te conocen,
Y no detienen el paso.
Los tuyos no te conocen,
Yo te conozco y te amo;
Pero sigo su camino
Dentro el corazón llorando.
(Ay! Quien me diera pararme,
Estrecharte entre mis brazos,
Llevarte, Señor, conmigo,
Saciarte en mi mismo plato,
Dormirte sobre mi lecho,
Arrullarte en mi regazo,
Como la Virgen María
En la noche del establo.
O vivir, si no, contigo,
Comer de tu pan amargo,
Dormir junto a tí en el suelo,
Sufrir -gozar- a tu lado.
(Cómo se me rompe el alma
Cada vez que, firme el paso,
Te dejo solo en tu angustia

De mendigo despreciado,
O te arrojó la limosna
Que me sobra en mi regalo,
En los labios la sonrisa
Y el corazón sollozando!
Yo quisiera... yo no puedo;
No soy dueño, soy esclavo.
Un día, cuando tú quieras...
Un día... Señor, tres años.

XXI

Esta noche que soplan los vientos,
Asomado a la abierta ventana,
He apretado a la noche en mis brazos,
Como a tímida niña asustada.

Escapaba del viento silbante
Que azotaba feroz sus espaldas.

Esta noche sin luna ni estrellas
Me traía tu alma lejana,
Tantas veces sin luz de consuelo
Por angustia cruel azotada.

Y estrechando la noche en mis brazos,
Asomado a la abierta ventana,
He besado temblando en el aire,
Cual si hubiera besado tu alma.

XXII

Hambriento estoy, hambriento de tu cuerpo
Sediento de tu sangre.
Yo, pecador de todos los pecados,
Saturado de todas las maldades,
Vagabundo de todas las campiñas
De los siete pecados capitales,
Tengo hambre de tu carne inmaculada,
La carne santa que los santos hace.

Yo que sufro en mi vida, hora tras hora,
De esta carne de muerte los embates,
Hambreo devorar rabiosamente
La paz inmaculada de tu carne.
Hundir quiero mis labios,
Estos labios blasfemos y sensuales
En la sangre serena, enamorada,
Que mis entrañas lave.
Hastiado estoy de crimen; hasqueado
De corduras plausibles y cobardes.
Llaga insanable, en mi meollo mismo,
El ansia de tu carne y de tu sangre.
No cual plácido cuerpo adormecido
En cruz preciosa de oro o de diamante,
Sino el pingajo humano, ignominioso,
De sangre y de salivas repugnante,
En el monte Calvario, nauseabundo
De corrompidos cuerpos criminales.

XXIII

El alma está en amargura.
Hoy el mundo está de fiesta
Y el alma está de amargura.

No me pidáis alegrías
En mi noche negra y cruda.
No me digáis de consuelos
Mezquinos de criaturas.
)Flores? En mi huerto hay rosas
Que la morada perfuman.
)Canciones? Los ruiseñores
En las ramas se columpian.
)Amistad? Labios amigos
Sus alientos me susurran...

Balbucesos infantiles
Sonoros de risas puras,
Y días de sol brillantes,
Y noches blancas de luna.
Lo tengo todo, y no tengo
Nada para esta tortura.
Nada vale el mundo entero
Para el dolor que me apura.
Dios se ha dormido en el alma
Y el alma está en amargura.

XXIV

Cerrad, por Dios, vuestros labios,
Que nunca podréis decirlo!
Que no manchéis a lo menos
Mi blanco sueño infinito.
Ni luna, ni flor, ni estrellas,
Ni las acacias, ni el río,
Ni el rumor dulcisonante
De vuestros labios amigos...

Palabras, vacuas palabras,
Sonidos, vanos sonidos...

Dejadme solo en la noche
A solas conmigo mismo.
Con los Tres -Los Tres- El solo
Que viven -Amor- conmigo.
No profanéis mi silencio,
Que habla dentro el Infinito.

Cerrad, por Dios, vuestros labios,
Si nunca podréis decirlo!

XXV

En las noches estivas de luna,
Asomado a la abierta ventana,
Recordando los días antiguos
Se me llenan los ojos de lágrimas.

Es la misma ventana de entonces,
De infantiles ensueños poblada,
Con la misma ternura de luna,
Con las mismas caricias de acacia...

Y levanto la vista y contemplo
De mi vida la historia lejana,
Como el huerto aromado de flores,
Perfumada de amores y gracias.

Y no lloro dolores de culpas,
En tu seno paterno arrojadas;
Llanto lloro de suave ternura,
Porque sé que eres bueno y me amas.

Porque veo tu amor hecho carne,
La locura de un Jueves de Pascua,
La locura de un cuerpo rasgado
En la cruz por mi amor levantada.

Y por eso en las noches de luna,
Asomado a mi vieja ventana,
Recordando los días antiguos
Se me llenan los ojos de lágrimas.

XXVI

Hoy no quiero pensar que mi camino
Perfumarán los lirios y las rosas,
Caldearán caricias amorosas,
Alumbrará la luz del sol divino.

Hoy no quiero pensar que mis dolores
Tendrán unción de celestial consuelo
Y se abrirán en gozos en el cielo.
Hoy busco las espinas, no las flores.

Ya no busco intereses de mi alma,
Ni atiende ya si la gloriosa palma
Halaga la dureza del madero.

Por tu dicha, Señor, no por la mía,
Por consolar tu bárbara agonía,
Hablar de cruz a cruz contigo quiero.

XXVII

Pasas herido, encorvado,
La cruz sobre el hombro pesa,
Duro leño, viva llaga,
Hiriente y larga la senda...

Hay sollozos femeniles,
Compasión humana y tierna
Para tu cuerpo rasgado,
Para tu muerte y tu afrenta.
No hay quien de tu Corazón
El divino amor comprenda.

Yo, siervo inútil, te veo,
Cruzar la terrible senda,
Entre blandas compasiones,
Entre crueldades recias.
Quiero consolarte, quiero
Limpiar de tu faz la pena,
Secar del cuerpo los odios
Refrescar tus fauces secas.

Quiero consolar pesares
Que los hombres no consuelan;
Pero no soy más que un hombre
En la muchedumbre inmensa.
Quiero entenderte y no puedo,
Tú eres cielo, yo soy tierra.

Y te veo, cruz al hombro,
Cómo en tu dolor te alejas.

POEMAS DE LA ACACIA

Y OTROS

1969 - 1971

XXVIII

Por dondequiera que vaya,
Con su sombra y con su aroma
Conmigo viene mi acacia.

Yo que me partí, romero,
A recorrer solitario
Caminos de espacio y tiempo!

Y ahora siempre su presencia;
A todo cielo me apunta,
Me aroma toda tierra.

Que soplen los vendavales!
Sacudidas no la rompen,
Me acaricia su follaje.

Que los años se deslicen!
Mi acacia no va con ellos,
Ahonda más sus raíces.

Y adondequiera que vaya
Mi acacia viene conmigo
En mi corazón plantada.

XXIX

Las que en macizo, levantado anhelo
Me prestaron su sombra protectora,
Inútil maderamen son ahora,
Hojarasca podrida por el suelo.

Sola y grácil elévase hasta el cielo
La que cuidó mi infancia soñadora
La que aún, lejana, el corazón añora,
Recuerdo ardiente en estación de hielo.

Como el jardín dilecto desolado,
El campo de mi vida está marchito,
Se agosta la ilusión, todo perece;

Mas en el ancho yermo calcinado,
Bajo el aliento de Yavé infinito
El árbol de tu amor lozano crece.

XXX

Yo no sé de qué raíces
Brotó en el jardín un día
Ni de dónde el alborozo
De mi infancia al descubrirla.
El jardín era de todos,
Pero la acacia era mía.

Qué ternura de cuidados!
Qué gozo de su crecida!
Qué abrazos para su tronco!
A sus ramas, qué caricias!
Y qué besos en sus hojas
Para marzo verdecidas!
Que comunión con sus flores,
Unicas, múltiples, níveas!
Qué nostalgias en ausencia,
En presencia, qué delicias!

A mi retorno la acacia
En robusta gallardía
Hasta el cielo se levanta
Y se me pierde de vista.
Ya no alcanzan a sus ramas
Las ansias de mis caricias.
Lo mismo que una hija moza
Del padre no necesita.
Ahora es ella quien me presta
De su ternura la dicha;

De los soles que me abrasan
Con su sombra me cobija,
Y con su tronco descansa
Mi cabeza dolorida.

XXXI

Solitaria tarde,
Silencio perfecto;
Pensamiento erecto,
Corazón cobarde.
Todo yace quedo
En mi derredor;
Pero tengo miedo
De cualquier rumor!
Si un vuelo, si un paso
La tarde despierta,
Qué temor, que acaso
Llamen a mi puerta!
Si me desvanecen
Esta soledad
En que se me ofrecen
Amor y Verdad!
Gozo solitario
Mi recogimiento
En tí, santuario
De mi pensamiento.
Borrados los rastros
De antiguos fulgores:
De ideas, de astros,
De cantos, de flores...
Tan solo me resta
Tu celebración,
Jubilosa fiesta
De mi corazón!

Que cuando el acoso
Del mundo sufrí
Encontré reposo
Y alegría en tí.

XXXII

Queda, pausada, inexorablemente,
De mis costas te alejas.
Cubierta vas de nubes de palabras
Que a tí misma te mienten permanencia;
Deleznables palabras que simulan
Fijas amarras, sólidas cadenas.
Tú has puesto a viento ajeno,
Irremediablemente ya, tus velas.
Te impulsa inexorable, y a altamares
Ignotos, lejanísimos navegas.
Que mis votos amigos se te cumplan:
Alegría contigo y paz perpetua!
Que los suelos inéditos te fruten
Frutos que no rindió mi infértil tierra!
A mis islas de sólida ternura
Nunca pudo poner rumbo de vuelta
Quien queda, lenta, inexorablemente
De sus costas se aleja...

POEMAS DEL DESARRAIGO

1969 - 1973

XXXIII

Amorosas palabras, que siempre retenidas,
Ahora pugnáis inútiles por abriros camino,
Hoy tan sólo podríais despedazar el alma
Con la angustia insanable del tiempo ya perdido.
Densos besos rugientes, manada de leones,
Que en arcanos cubiles yacisteis escondidos,
Vana es ya vuestra ronda en búsqueda de presa!
Mis labios en la tierra deben quedar baldíos.
)Por qué tardíamente se rompen las ligaduras
Que preso retuvieron la esencia de uno mismo?
No es ya tiempo de besos -ya no existen sus rostros-
No es tiempo de palabras -ya sordos sus oídos-.
Ellos al otro lado del reino de la muerte
Inexpresablemente viven siempre contigo.
Hoy es tiempo de lágrimas por las horas perdidas,
Y es tiempo de esperanza del reino prometido!

XXXIV

Llanto en los ojos, sí. Copioso llanto
Que para toda vanidad los ciega
Y en su manso caudal lava y anega
Tanta inmundicia, vano querer tanto.

Miedo, no. Pasma, sí. Gozoso espanto
De este sublime Amor que se nos llega;
Solicita el amor en dura brega;
Sella su triunfo en blando morir santo.

Ya no tengo raíces en el suelo;
Una sola raíz ya desde el cielo
Continua sobre mí su savia vierte;

Ya no vivo la vida de este mundo;
Ya vivo todo, lúcido, jocundo,
A otro lado del reino de la muerte.

XXXV

Una vez más el viaje va alcanzando su término;
Va a surgir el milagro para mí siempre nuevo.
Otra vez a mi diestra quedará el cementerio.
Allí está casi todo cuanto en el mundo tengo.

Ya poco más que polvo los radicales cuerpos
Que mi cuerpo de polvo un día construyeron.
Ya casi destruida la expresión del pretérito,
Que hace poco en mi vida todavía era aliento.

Toledo se dibuja perfectamente exento
En la noche sombría con resplandor místico.
Y aunque nadie me espera, -soy yo siempre el que espero-,

Me adelanto gozoso al íntimo secreto
Lo mismo que corría, débil infante tierno,
Al seguro cariño del regazo materno.

XXXVI

Ojos que nunca más verán la tierra
A este lado del reino de la muerte
Inquieto parpadeo, todavía
En busca de perfiles humanos que os consuelen!
No lágrimas enturbien la novísima
Mirada ya naciente!
Los que os están cegando son los esplendores
De la Luz del Esposo que ya viene
A iluminar su rostro no soñado
A otro lado del reino de la muerte.

XXXVII

Desde Medina hasta Olmedo,
Yo viajero.

Entre Medina y Olmedo,
Andar y andar solitario
Por entre pelados cerros;
Solitario noche y día
Por estos montes desiertos.
Y reposar a la orilla
Del cauce seco.
Bajo árboles amarillos
Soñando altísimos sueños,
Sin más lozanía en torno
Que mis verdes pensamientos.
Solitario, solitario,
El día entero.

)O vagará de escarlata
La sombra del caballero?
(Lope le contó a mi infancia
sangrienta historia de celos...)
Y los árboles marchitos
Y los simbólicos cuervos.
No más vida por el suelo,
Ni por el cielo.
Yo solo con mi pujanza
Creando mundos de ensueño.

Entre Medina y Olmedo
se desliza el cuerpo raudo,
se me demora el deseo.

XXXVIII

Ya estoy desarraigado. Y en medio de la gente,
Que en necio torbellino se angustia y se fatiga
En el gesto excesivo o en la mínima intriga
Yo camino ligero, ya casi todo ausente.

Y cuando cese un día, definitivamente,
El mandato divino que a la tierra me liga,
No arrullará mi muerte ninguna voz amiga,
No cerrarán mis ojos, no besarán mi frente.

Solitario camino, ágil, libre, jocundo,
Abiertos a mis ojos senderos de otro mundo,
Cubriendo mi vereda del Señor al Señor.

Y cuando solitario mi hombre carnal sucumba
Acaso ni siquiera me den los hombres tumba,
Mas gozará mi espíritu la Verdad del Amor!

XXXIX

Mañana ha de ser fiesta
Para mí, el día entero;
Lo mismo que una noche
Solitaria en Toledo.
De nadie sabré. Nadie
Sabrá de mí. El teléfono
Por mí no sonará.
Soledad y silencio.
Lo mismo que en la noche
No mediré mi tiempo
Por compás de relojes,
Por humanos encuentros.
Belleza de poemas,
Verdad de pensamientos;
Tales serán las únicas
Medidas de mi tiempo.
Cuando la noche llegue
Acaso sienta celos,
Al no hallarme azorado,
Con ansias del encuentro.

XL

Los hombres incombustibles,
Cómo abarrotan la tierra!
Bien les embisten las llamas,
No se queman.

Y tantos hombres sin fuego,
Que arden en la llama ajena;
Se funden, rígido hierro;
Se derriten, blanda cera...

Y los que tienen la llama
Que el mundo alumbró y caldea;
Por ellos hay luz y vida
En la oscura y fría tierra.
Desde cerca o desde lejos
Me hacen amigables señas...

Y yo no tengo la llama,
Que soy tenido por ella;
No soy un hombre que arde,
Un fuego soy que humanea.

Incendio puro hecho hombre
Que arde y que brila en la tierra
Y al soplo de todo viento
Continuamente llamea.

XLI

Horas de madurez. Estupefacto
Muchedumbre de sonos en deriva
Escucho en unidad superlativa;
Música teologal, en ritmo exacto.

Era la vana holganza pleno acto,
Muerto silencio, fue palabra viva,
Cobarde entrega, robustez esquivia,
Toque carnal, espiritual contacto.

Íntegro y solo, gigantesco arraigo
Me extendo interminable, toda atraigo
La savia universal, que por mí suba

Hasta el Padre, que el mundo entero rige
Hasta Cristo, que el mundo entero erige
Hasta el Sopro, que el mundo entero incuba.

XLII

Bien sé que nada os importa
Lo que pienso,
Lo que digo,
Lo que quiero.
Yo bien sé que soy un río
Por las vidas, pasajero.
Que dentro de pocos días
Seré tan solo pretérito,
Alguien que cruzó el camino
Allá lejos,
Y del cual queda si acaso,
Resonando algún momento,
El eco de unas palabras,
De unos versos...

XLIII

Verbalmente milagroso
El poema denso y terso;
Milagro Toledo inmerso
En su nocturno reposo.
Milagro la solitaria
Música, exenta, una y varia.
Y este río de ventura
Que desde la luna fluye
Y henchidoramente afluye
Al gozo de mi clausura.

XLIV

Insaciable infancia!
Y la adolescencia!
Constante fragancia,
Única experiencia!
Y el pasado mozo,
Y la edad madura.
Mi solo alborozo:
Buscar la Hermosura!
Blanca la cabeza
Sigo todavía
Idéntica vía
De Luz y Belleza.
Y aunque el tiempo terco
Mi cuerpo derrumba
Y sé que me acerco
Sin pausa a la tumba,
Me apresuro y
En seguir me obstino
Mi primer camino,
Pues que cuando mi
Carnal fortaleza
Caiga derruída,
Por Luz y Belleza
Ganaré la Vida.

XLV

Para todos el día,
Y para mí la noche.
Porque ella me descubre
Con su discreto toque
La esencia luminosa
Divina. El día pone
Claridad ajustada
A los ojos del hombre.
Limitados objetos
De falaces colores,
Y múltiple faena
Cuyas fingidas voces
Tironean el alma
Hacia oscuros rincones
La ciegan, la ensordecen
A la verdad enorme.
La noche es la luz única
Sin múltiples visiones,
Palabra silenciosa
Sin variedad de voces;
Que en la Verdad Amante
El alma entera absorbe.

XLVI

Noche amiga, que en torno a mí destierra
Las bajas inquietudes con que asedia
El día mi vivir. Noche serena,
Pureza de armonía, dentro y fuera.
Medida dentro; de orden en pobreza.
Mi sola posesión, la biblioteca
De voces misteriosas me rodea.
Abierto el libro en la paterna mesa
Sueños enormes cuéntame Basterra;
Sabio y poeta, Eliot me contempla;
Prokophieff con su canto me deleita;
María maternalmente me eleva
En su Asunción que Domenico viera;
Toledo tras de la ventana abierta
Espíritu pretérito me alienta;
Arriba el cielo, con su voz de estrellas
La gloria entona del Señor eterna;
Con aromas de rosas y de adelfas
El jardín mi pasado me recrea.
Bien está el mundo; bien la vida entera.
Gozosa soledad. Las tres y media.

XLVII

Que brillen blancos los cabellos,
El alma esplende de verdor!
El tiempo nieva la cabeza,
Pero me incendia el corazón.
Y no me aploma lo pasado,
Que me aligera la ilusión.
A media vida por la tierra
Fértil de angustia y de dolor,
Me abro caminos inauditos
Ebrio de luz y de pasión.
Desvencíjese el universo,
Cruja, derrúyase en redor!
Que para alzar un mundo inédito
Me hinche la noche de vigor.
Que yo vigilo en noche ignota
Que nunca nadie descubrió,
Sino los pocos hombres-llamas
Nocturnos fuegos del Amor.

XLVIII

De la vida terrena en el pálido ocaso,
La presencia brillante de mi término advierto.
Pláceme imaginarme mi cuerpo muerto
Y dialogar con él, rauda la voz y el paso.

Y nada significa si tal vez de esta vida
Muchas horas me resten aún por caminar.
Yo estoy de despedida,
Muchos años o pocos, nada pueden cambiar!

Siento que en mi interior la muerte crece
Como un adolescente que busca su estatura,
Y a mi vista gozosa generosa se ofrece
La ubérrima cosecha de su fruta madura.

Y la altísima mente estremecida
Morosamente en puro gozo advierte
Este dulce regusto de la pasada vida,
Este dulce pregusto de la futura muerte.

XLIX

Tú que vives de fe, porque eres justo,
No precisas amores de la tierra,
Pupilas que te miren encendidas
O manos que acaricien tu cabeza;

Tú ves de Dios la divinal sonrisa
En el sol que te alumbra y te caldea:

Escucha su palabra omniamorosa
En el rumor de la naturaleza

Y siente sus caricias en la brisa,
La fresca brisa, que tu rostro besa.

INDICE

Presentación	1
Prólogo de urgencia	7
Poemas de adolescencia	9
Poemas de la ascensión	29
Poemas de la acacia y otros	69
Poemas del desarraigo	81

FUNDACION "JOSE RIVERA"

Cuadernos publicados:

- N. 1: "José Rivera. IN MEMORIAM".
- N. 2: "José Rivera. TESTIMONIOS I" (Agotado).
- N. 3: "La Teología". 20 Ed.
- N. 4: "El Espíritu Santo". 30 Ed.
- N. 5: "La Eucaristía".
- N. 6: "La Caridad" (Agotado).
- N. 7: "Meditaciones sobre Ezequiel".
- N. 8: "El Adviento" (Agotado. Ver N. 18).
- N. 9: "Meditaciones sobre Jeremías".
- N. 10: "La Cuaresma". 20 Ed.
- N. 11: "Meditaciones sobre los Hechos de los Apóstoles".
- N. 12: "CARTAS I".
- N. 13: "Semana Santa" (Agotado).
- N. 14: "Meditaciones sobre el Evangelio de San Marcos".
- N. 15: "La vida seglar".
- N. 16: "La mediocridad".
- N. 17: "CARTAS II".
- N. 18: "Adviento - Navidad".
- N. 19: "Jesucristo".
- N. 20: "POEMAS".

Pedidos a: **FUNDACION "JOSE RIVERA"**

Apdo. 307 45080-TOLEDO

La **FUNDACION "JOSE RIVERA"** distribuye gratuitamente estos Cuadernos.

Para los donativos, ingresar en TOLEDO, Banco Central Hispano, Sucursal 2604, C/C 10680.90.

Toledo, 20 de Octubre de 1998